

¿Quién no ve aquí bien claro que el espíritu de seducción tenía á aquel pueblo obcecado? "El amor de la verdad que les traía la salud es-tinguiase en ellos: Dios les envió un eficaz error que les hiciese creer en la mentira." No hay impostura por grosera que sea á que no den crédito. En nuestros dias, y en el Oriente, un impostor dijo que él era el Cristo: al momento todos los judíos echaron á correr tras él: los hemos visto en Italia, en Holanda, en Alemania y en Metz prepararse á hacer almoneda de todo y abandonar lo que no pudiesen vender por seguirle. Imaginábanse ya que iban á hacerse los señores del mundo, cuando llegó á su noticia que su Cristo se había hecho turco y que había abjurado de la ley de Moisés.

CAPÍTULO XXIII.

De la continuacion de los errores de los judíos, y de la manera con que ellos esplican las profecías.

No hay que admirarse de que hayan caido en errores tan groseros, ni tampoco de que la tempestad los haya disipado, despues que hubieron ellos abandonado su camino. Este les estaba trazado en sus profecías, y principalmente en las que designaban el tiempo de Cristo. Dejaron pasar estos preciosos momentos sin aprovecharse de ellos: y he aquí la razon por qué se les ve entregados á la mentira, sin saber ya á qué atenerse.

Me entretendré un momento todavía para referir la continuacion de sus errores, y de todos los pasos que han dado para sepultarse en el abismo. Las sendas por donde se han estraviado y se estravian todavía, es verdad que conducen al camino; y parándonos á examinar dónde empezó su estravío, entonces marcharemos con mas seguridad por el recto camino que nos conducirá á descubrir la verdad que nos proponemos.

Hemos visto que dos profecías de Jacob y de Daniel designaban á los judíos el tiempo de la venida de Cristo. Las dos anunciaban la ruina del reino de Judá para el tiempo en que el Cristo viniese; pero la de Daniel esplicaba que

la total destruccion de aquel reino debia ser una consecuencia de la muerte del Cristo; y Jacob decia claramente, que en la decadencia del reino de Judá, el Cristo que entonces vendria sería *la esperanza de los pueblos*; es decir, que sería su libertador, y que se formaria un nuevo reino compuesto no de un pueblo solo, sino de todos los pueblos del mundo. Las palabras de la profecía no pueden tener otro sentido, y precisamente la tradicion constante de los judíos confirma que debian entenderse así.

De aquí nació la opinion propagada entre los antiguos rabinos, y que aún vemos todavía en su Talmud, que en el tiempo en que el Cristo viniese no habria en el pueblo magistratura; de manera que nada habia mas importante para conocer el tiempo de su Mesías que observar el tiempo en que caerian en este infeliz estado.

En efecto, comprendieron bien al principio; y si no hubiesen tenido el espíritu preocupado con las grandezas mundanas que ellos querian encontrar en el Mesías para participar de ellas bajo su imperio, no hubieran podido desconocer á Jesucristo. El fundamento que sentaron era cierto; porque inmediatamente que la tiranía del primer Herodes y el cambio de la república judáica, que acaeció en su tiempo, les hubo hecho ver el momento de la decadencia

designada en la profecía, no dudaron que el Cristo debiese venir, y que se veria bien pronto aquel nuevo reino bajo el que debian reunirse todos los pueblos.

Una de las cosas que observaron fué que se les quitó el derecho de vida y de muerte. Esta era una gran mudanza, pues que les habia sido siempre conservado este derecho hasta entonces bajo cualquier dominacion á que estuviesen sometidos, y aun durante su cautividad en Babilonia. La historia de Susana es una prueba que lo justifica, y es una tradicion constante entre ellos. Los reyes de Persia, que les restablecieron, dejáronles este derecho por un decreto espreso de que hemos hecho mencion en su lugar; y hemos visto tambien que los primeros Seleucidas mas bien aumentaron que restringieron sus privilegios. No tengo necesidad de repetir lo sucedido en el reinado de los Macabeos, en cuyo tiempo no solo fueron libres, sino poderosos y temibles á sus enemigos. Pompeyo, que los debilitó, contento con el tributo que les impuso, y con haberles puesto en estado de que el pueblo romano pudiese disponer de ellos en caso de necesidad, dejóles á su príncipe con el pleno de su jurisdiccion. Ya se sabe que los romanos se conducian así, y que en nada tocaban al gobierno interior en los países en que dejaban á sus reyes naturales.

En fin, los judíos están de acuerdo en que

perdieron el poder de vida y muerte solo cuarenta años antes de la desolacion del segundo templo : y de consiguiente no puede dudarse que el primer Herodes fué quien empezó á hacer esta herida á su libertad. Porque despues que para vengarse del Sanhedrin, á donde se le obligó á comparecer á él mismo antes que fuese rey, y despues que para abrogarse toda autoridad hubo atacado á aquella asamblea, que era como el Senado fundado por Moisés, y el Consejo perpetuo de la nacion en que la suprema jurisdiccion se ejercia, poco á poco aquel gran cuerpo fué perdiendo su poder; y quedábale ya muy poco cuando Jesucristo vino al mundo. Empeoráronse los negocios bajo los hijos de Herodes, cuando el reino de Arquelao, de que Jerusalem era la capital, reducido á provincia romana, fué gobernado por los presidentes enviados por los emperadores. En este infeliz estado los judíos carecian de tal manera del poder de vida y muerte, que para hacer matar á Jesucristo, á quien querian perder á toda costa, fuéles necesario recurrir á Pilatos; y habiéndoles dicho este debil gobernador que le condenasen ellos mismos á muerte, respondieronle todos á una voz: "no tenemos la facultad de condenar á nadie á muerte." Tambien fué por mano de Herodes por la que hicieron morir á Santiago, hermano de san Juan, y por la que encarcelaron á san Pedro. Cuan-

do resolvieron la muerte de san Pablo, entregáronle tambien á los romanos, como habian hecho con Jesucristo; y el voto sacrilego de los poseidos de un falso celo, que juraron no comer ni beber hasta que hubiesen matado á aquel santo apóstol, es una prueba de que se creian sin facultad para condenar á muerte jurídicamente. Si apedrearon á san Esteban fué tumultuariamente, y un efecto de aquellos motines que los romanos no podian siempre reprimir en los que se decian entonces los Zeladores. Débese, pues, tener por cierto, tanto por las historias como por el consentimiento de los judíos, y por el estado de sus negocios, que hácia los tiempos de nuestro Señor, y sobre todo en aquellos en que comenzó á ejercer su ministerio, perdieron enteramente la autoridad temporal. No pudieron ver esta pérdida sin acordarse del antiguo oráculo de Jacob, que les predecia que en tiempo del Mesías no habria ya entre ellos ni poder, ni autoridad, ni magistratura. Uno de sus mas antiguos autores lo observa, y tiene razon en confesar que entonces ya no habia cetro en Judá, ni residia la autoridad en los gefes del pueblo, porque se les habia desposeido del poder público, y porque hallándose degradado el Sanhedrin, los miembros de este gran tribunal no eran ya considerados como jueces, sino como simples doctores. Así, segun ellos mismos, era ya tiempo de que

el Cristo se presentase. Como veian este signo cierto de la próxima llegada de este nuevo rey, cuyo imperio debía estenderse sobre todos los pueblos, creyeron que en efecto iba á llegar. Esparcióse la voz por todas las cercanías, y se estuvo persuadido en todo el Oriente que no se tardaria mucho tiempo en ver salir de Judea á los que reinarian sobre toda la tierra.

Tácito y Suetonio refieren como una cosa cierta el esparcimiento de esta voz, y que no solo era una opinion constante, sino que era anunciada por un antiguo oráculo que se encontraba en los libros sagrados del pueblo judío. Josefo refiere esta misma profecía en los mismos términos, y dice como ellos que se encontraba en los libros sagrados. La autoridad de estos libros, cuyas predicciones se han visto tan exactamente cumplidas, era grande en todo el Oriente; y los judíos, mas atentos que los otros en observar las circunstancias que principalmente se habian escrito para su instrucción, reconocieron el tiempo del Mesías que Jacob habia designado en su decadencia. Así las reflexiones que hicieron sobre su estado eran justísimas; y sin engañarse sobre el tiempo en que debía aparecer el Cristo, conocieron que debía venir en el tiempo en que vino en efecto. Pero, ¡oh debilidad del espíritu humano, y vanidad, origen inalterable de obcecacion! La humildad del Salvador ocultó á aquellos orgu-

llos las verdaderas grandezas que debian buscar en su Mesías; querian que fuese un rey semejante á los reyes de la tierra. Esta es la razon por qué los aduladores del primer Herodes, deslumbrados con la grandeza y la magnificencia de aquel príncipe, quien, aunque tirano, como lo era, no dejó de enriquecer á la Judea, dijeron que él era el rey tan prometido. Esto es tambien lo que dió lugar á que se formase la secta de los herodianos, de que se ha hablado tanto en el Evangelio, tan conocida por los paganos, pues que Perso y su escoriasta nos dicen que todavía en tiempo de Neron el nacimiento del rey Herodes era celebrado por sus sectarios con la misma solemnidad que el sábado. Josefo cayó en un error semejante. Este hombre, "instruido, como él mismo dice, en las profecías judáicas por ser sacerdote y descendido de la stirpe sacerdotal," reconoció, á la verdad, que la venida del rey prometido por Jacob convenia á los tiempos de Herodes, en el que él mismo nos manifiesta con mucho cuidado el principio marcado de la ruina de los judíos; pero como no viese nada en su nacion que llenará las ambiciosas ideas que habia concebido de su Cristo, hizo recaer la profecía en el tiempo de Vespasiano, á quien la aplicó, asegurando "que Veste, oráculo de la escritura, hacia alusion á aquel príncipe declarado emperador de la Judea."

De esta manera interpretaba violentamente la sagrada Escritura para autorizar su adulacion: ¡ciego que transferia á los estrangeros la esperanza de Jacob y de Judá; que suponía á Vespasiano ser el hijo de Abraham y de David, y atribuía á un príncipe idólatra el título de aquel cuyas luces debian sacar á los gentiles de su estado de ignorancia y hacerles abjurar de la idolatría!

La coincidencia de los tiempos le favorecia; pero mientras que atribuía á Vespasiano lo que Jacob habia dicho del Cristo, los Zelosos que defendian á Jerusalem se lo atribuian á sí mismos. Y sobre este solo fundamento prometíanse el imperio del mundo, como Josefo lo refiere; pero mas razonables que él, porque á lo ménos no salian de la nacion para buscar el cumplimiento de las promesas hechas á sus padres.

¿Cómo no abrian los ojos al observar el gran fruto que producía desde entonces entre los gentiles la predicacion del Evangelio, y á este nuevo imperio que Jesucristo establecia por toda la tierra? ¿Qué cosa mas bella que un imperio en que reinaba la piedad, en que el Dios verdadero triunfaba de la idolatría, y en que la vida eterna era anunciada á las naciones infieles? El mismo imperio de los Césares, ¿no era una vana pompa en comparacion de aquel? Empero aquel imperio no era bastante brillante á sus ojos.

¡Qué desapegado es menester estar de las grandezas humanas para conocer á Jesucristo! Los judíos conocieron los tiempos; los judíos veian á los pueblos llamados al Dios de Abraham por Jesucristo y por sus discípulos, segun el oráculo de Jacob; y sin embargo desconocieron á Jesus, que les fuera declarado con señales tan evidentes. Y no obstante todavía que, durante su vida y despues de su muerte confirmase su mision con tantos milagros, obcecados le desecharon porque no poseia ni se descubria en él mas que la sólida grandeza destituida de todos los aparatos y atavíos que hieren los sentidos, y porque venia mas bien para condenar que para coronar su ciega ambicion.

Y sin embargo, forzados por la coincidencia y las circunstancias del tiempo, y á pesar de su ceguedad, algunas veces daban muestras de querer salir de sus preocupaciones. Todo se disponia de tal manera en tiempo de nuestro Señor á la manifestacion del Mesías, que sospecharon tambien que pudiera serlo san Juan Bautista. Su vida austera, extraordinaria y admirable chocóles en gran manera; y á falta de las grandezas mundanas, aparentaron al pronto contentarse con la brillantez de una vida tan prodigiosa. La vida sencilla y comun de Jesucristo alejó aquellos espíritus tan groseros como soberbios, los que no pudiendo ser co-